



ASSASSIN'S CREED®

UNITY



OLIVER BOWDEN

minotauro games

Assassin's Creed®
Unity

OLIVER BOWDEN

minotauro games

Título original:
Assassin's Creed: Unity

Copyright © 2022 Ubisoft Entertainment. Todos los derechos reservados.
Assassin's Creed, Ubisoft, Ubi.com y el logo de Ubisoft son marcas de Ubisoft Entertainment
en EE.UU. y/o en otros países.

Publicado por primera vez en 2014 por Penguin Books, Ltd, London

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
2022, Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción de Paz Pruneda, 2015

ISBN: 978-84-450-1193-5
Depósito legal: B. 19.714-2021
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de
bosques gestionados de manera sostenible.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

9 de abril de 1778

I

Mi nombre es Élise de la Serre. Tengo diez años. Mi padre se llama François, mi madre, Julie, y vivimos en Versalles: el esplendoroso y hermoso Versalles, donde elegantes edificios y grandes castillos se yerguen a la sombra del gran palacio, con sus avenidas de tilos, sus resplandecientes lagos y fuentes, y sus exquisitamente podados setos en topiaria.

Somos nobles. Los afortunados. Los privilegiados. Y para comprobarlo solo hace falta recorrer la carretera de más de veinte kilómetros que lleva a París. Una carretera iluminada por colgantes faroles de aceite porque en Versalles utilizamos esas cosas, mientras que, en París, los pobres usan velas de sebo cuyas fábricas desprenden un humo que flota suspendido sobre la ciudad, como una letal mortaja, ensuciando el cielo y obstruyendo los pulmones. Vestida con harapos, con las espaldas encorvadas ya sea por el peso de su carga física o de su aflicción mental, la gente pobre de París se arrastra a través de calles que parecen no recibir nunca la luz del sol. Calles surcadas por albañales abiertos donde el barro y los desechos humanos fluyen libremente, empapando las piernas de aquellos que portan las sillas de mano, mientras nosotros miramos con ojos muy abiertos por las ventanillas.

Más tarde tomaremos ornamentados carruajes de vuelta a Versalles, para dejar atrás extensos cultivos con figuras envueltas en la niebla como fantasmas. Campesinos descalzos que labran las tierras de los nobles y mueren de hambre si la cosecha es mala, esclavos virtuales de sus terratenientes. En casa, escucho a mis padres referir cómo estos siervos deben permanecer despiertos y golpear con palos a las ranas cuyo croar impide dormir a sus señores, o cómo deben alimentarse con hierba para sobrevivir. Mientras tanto los nobles prosperan, eximidos de pagar impuestos, excusados del servicio militar y exonerados de la indignidad de la *corvée*, la jornada no remunerada de trabajo en las carreteras.

Mis padres dicen que la reina María Antonieta deambula por los pasillos, las salas de baile y los vestíbulos de palacio soñando con nuevas formas de gastar su asignación para vestidos, mientras su esposo, el rey Luis XVI, holgazanea en su *lit de justice*, donde aprueba leyes que enriquecen la vida de los nobles a expensas de los pobres y hambrientos. Y hablan sombríamente de cómo esos actos podrían suscitar la revolución.

II

Existe una expresión para describir el momento en el que súbitamente comprendes algo. Es el momento en el que «caes del guindo».

Cuando era pequeña nunca se me ocurrió preguntarme por qué me enseñaban historia en vez de etiqueta, modales y compostura; como tampoco cuestioné que mi madre se uniera a padre y a los Cuervos después de cenar, su voz alzándose en desacuerdo para rebatirlos con tanto acaloramiento como era capaz de mostrar; nunca me pregunté por qué no montaba a caballo a mujeriegas, por qué nunca necesitaba un sirviente para sujetarle la montura ni por qué tenía tan poco tiempo para la moda o los chismes de la corte. Ni una sola vez pensé en preguntar por qué mi madre no era como las demás madres.

No, hasta que caí del guindo.

III

Ella era, por descontado, una mujer hermosa que siempre iba muy bien vestida, aunque no tuviera tiempo para esas galas exhibidas por las damas de la corte sobre las que apretaba los labios y hablaba con desaprobarción. Según decía, estaban obsesionadas por su aspecto y estatus, por cosas.

«No reconocerían una idea ni aunque las golpeará entre los ojos, Élise. Prométeme que nunca acabarás como ellas.»

Intrigada, deseando saber más sobre cómo no debería acabar, utilizaba mi ventajosa posición pegada a las faldas de mi madre para espiar a esas odiadas mujeres. Pero solo veía a unas chismosas, excesivamente empolvadas, que fingían ser devotas de sus maridos, incluso cuando sus ojos recorrían con avidez la sala por encima del borde de sus abanicos buscando insospechados amantes que atrapar. Desapercibida, atisbaba esas máscaras maquilladas y advertía cuando una risa de desprecio moría en sus labios o un gesto burlón se perdía en sus ojos. Las veía tal cual eran de verdad, a saber: mujeres aterradas. Aterradas ante la posibilidad de perder su condición de favoritas, o descender en la escala social.

Madre no era así. Para empezar no podía importarle menos el chismorro. Jamás la vi con un abanico y, además, odiaba acicalarse y no tenía tiempo para pintarse lunares con carbón en ninguna parte del cuerpo o empolvarse la piel de un tono alabastro. Su única concesión a la moda eran los zapatos. Por otro lado, la atención que prestaba a su comportamiento obedecía a una razón, a una única causa: mantener el decoro.

Y era absolutamente devota de mi padre. Se colocaba junto a él —a su lado, nunca detrás de él—, lo apoyaba y era incondicionalmente leal a él. Mi padre tenía cuatro consejeros: los señores Chretien Lafrenière, Louis-Michel Le Peletier, Charles Gabriel Sivert y madame Levesque, a quienes yo había bautizado como «los Cuervos», debido a sus largos abrigos negros, oscuros sombreros de fieltro y ojos que nunca sonreían. A menudo escuchaba a madre defender a padre ante ellos, respaldándolo a toda costa, a pesar de lo que pudiera decirle a él a puerta cerrada.

No obstante ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la oí debatir con padre.

Dicen que podría morir esta noche.

10 de abril de 1778

I

Sobrevivió a la noche.

Me senté junto a su cabecera, sostuve su mano y hablé con ella. Durante un rato, tuve la falsa ilusión de ser yo quien la estaba reconfortando, hasta el momento en que volvió la cabeza y me miró con ojos turbios que, sin embargo, parecían sondear el alma, y quedó claro que era justamente lo contrario.

En esas horas críticas, hubo momentos en los que miré por la ventana para ver a Arno en el patio trasero, y envidié que pudiera vivir tan indiferente al dolor que tenía lugar a apenas unos metros de él. Sabe que está enferma, por supuesto, pero la tisis es algo muy común y la muerte, incluso aquí en Versalles, y pese a contar con la asistencia de un médico, se ha convertido en un suceso cotidiano. Además, él no es un De la Serre. Es nuestro pupilo y, por ese motivo, no está al tanto de nuestros más profundos y oscuros secretos, ni tampoco de la angustia que arrastramos. Es más, apenas conoce el estado de las cosas. Para Arno, madre es una figura remota a la que se cuida en las plantas superiores del castillo; para él, ella se define simplemente por su enfermedad.

En cambio, mi padre y yo compartimos nuestra desazón a través de miradas disimuladas. De puertas afuera, nos tomamos muchas

molestias por mostrar normalidad, nuestro luto mitigado por dos años de oscuro diagnóstico. Nuestra pena, otro secreto oculto a nuestro pupilo.

II

Y así nos acercamos al momento en que caí del guindo. Cuando recuerdo el primer incidente, la primera vez en que realmente empecé a preguntarme sobre mis padres, y más concretamente por madre, lo imagino como un poste indicador en la carretera hacia mi destino.

Sucedió en el convento. Tenía solo cinco años cuando me internaron y mis recuerdos distan mucho de estar plenamente formados. En realidad, son solo impresiones sueltas: largas filas de camas; un nítido pero aislado recuerdo de mirar por la ventana enmarcada por el hielo y ver las copas de los árboles alzándose por encima de los jirones de niebla; y... a la madre superiora.

Encorvada y amargada, la madre superiora era conocida por su crueldad. Le gustaba recorrer los pasillos del convento con su vara entre las palmas como si la presentara a un banquete. En su despacho, la vara yacía sobre su escritorio. Por aquel entonces nos referíamos a ella diciendo «tu turno», y durante un tiempo el turno recayó sobre mí, cuando la madre superiora reprobó mis intentos de felicidad, envidiando el hecho de que estuviera siempre pronta a reír, y llamando a mi sonrisa alegre una sonrisa de satisfacción. La vara, según decía, borraría esa sonrisa de mi cara.

A ese respecto debo reconocer que tenía razón. La borró. Durante un tiempo.

Y entonces, un día, madre y padre vinieron a visitar a la madre superiora, desconozco por qué motivo y, a petición suya, fui llamada a su despacho. Allí encontré a mis padres, que se giraron en sus sillas para saludarme, y a la madre superiora de pie detrás de su escritorio, con la habitual mirada de manifiesto desprecio en su rostro, un franco juicio de mis muchos defectos recién salido de sus labios.

De haber sido solo madre la que me visitara, no me hubiera mostrado tan formal. Habría corrido hacia ella confiando en poder

deslizarme entre los pliegues de su vestido hasta otro mundo, lejos de ese horrible lugar. Pero habían venido los dos, y mi padre era mi rey. Él era quien dictaba qué normas de educación debíamos adoptar, quien insistió en llevarme a un convento en primer lugar. De modo que me acerqué, hice una reverencia y esperé a que se dirigieran a mí.

Mi madre me cogió la mano. Cómo pudo saber lo que había ahí, lo desconozco, ya que estaba girada hacia dentro, pero de alguna forma captó un destello de las marcas dejadas por la vara.

—¿Qué es esto? —preguntó a la madre superiora, alzando mi mano hacia ella.

Nunca había visto a la madre superiora mirar cualquier cosa sin mostrarse dueña de sí misma. Pero ahora podría decirse que palideció. En un instante, mi madre se había transformado de la correcta y educada dama, justo lo que se esperaba de una visita, en un instrumento de furia potencial. Todos pudimos notarlo. Sobre todo la madre superiora.

Tartamudeó levemente.

—C-como estaba diciendo, Élise es una niña testaruda y muy conflictiva.

—¿Y por eso es castigada con la vara? —preguntó mi madre, cuya ira iba en aumento.

La madre superiora se encogió de hombros.

—¿De qué otro modo pretende que mantenga el orden?

Madre agarró la vara.

—Esperaba que fuera capaz de mantener el orden. ¿Acaso cree que esto la hace más fuerte? —Golpeó con la vara en la mesa. La madre superiora dio un respingo y tragó saliva, con sus ojos clavándose en mi padre que observaba con expresión extraña e ilegible, como si esos actos no requirieran su participación—. Bien, entonces está muy equivocada —añadió mi madre—. La hace más débil.

Se levantó, mirando fijamente a la madre superiora y haciendo que se sobresaltara de nuevo al golpear con la vara contra la mesa por segunda vez. Entonces me tomó de la mano.

—Vámonos, Élise.

Nos marchamos, y desde entonces he tenido tutores para enseñarme las materias escolares.

Cuando salimos resueltamente del convento para subir a nuestro carruaje y emprender un silencioso viaje de regreso a casa, tuve clara una cosa. Mientras madre y padre se enfurecían por todo aquello que no se llegó a decir, supe que las damas no se comportaban del modo en que lo había hecho mi madre. En todo caso, no las damas normales.

Otra pista. Sucedió más o menos un año después, en la fiesta de cumpleaños de una mimada niña de un castillo vecino. Otras chicas de mi edad jugaban con muñecas, poniéndolas a tomar el té, solo que era un té de mentira en el que no había ni bebida ni bizcochos, solo niñas pequeñas fingiendo dárselo a las muñecas, lo que para mí, incluso entonces, resultaba estúpido.

No muy lejos de allí, los chicos jugaban con soldaditos de plomo, así que me levanté para ir con ellos ignorando el sorprendido silencio que se hizo a mi alrededor.

Mi niñera Ruth me apartó de allí.

—Juega con las muñecas, Élise —indicó con voz firme pero nerviosa, con sus ojos fulminándome mientras se encogía bajo la mirada desaprobatoria de las otras niñeras.

Hice como se me mandó. Me agaché y fingí interés en el té y bizcocho de mentira, y una vez resuelta la embarazosa interrupción, la pradera volvió a su estado natural: los chicos jugando con los soldaditos, las chicas, con sus muñecas, las niñeras vigilándonos a todos y, no muy lejos, un grupo de madres, damas de alta cuna, cotorreando en las sillas de hierro forjado del jardín.

Observé a esas damas chismosas con los ojos de madre. Vislumbré cómo sería mi propia evolución de ser una niña que jugaba en la hierba hasta convertirme en una madre cotilla y, en un destello de absoluta certeza, comprendí que no quería aquello. No quería ser como esas madres. Quería ser como la mía, que se había dispensado del grupo de señoras, y a la que ahora podía distinguir en la distancia, sola, al borde del agua, su individualidad a la vista de todos.

III

He recibido una nota del señor Weatherall. Escrita en su inglés nativo, me dice que desea ver a madre, rogándome que me reúna con él en la biblioteca a medianoche para escoltarlo hasta su habitación. Me pide que no se lo diga a padre.

Otro nuevo secreto que debo ocultar. A veces me siento como uno de esos pobres miserables que vemos por París, encorvada bajo el peso de las expectativas puestas en mí.

Pero solo tengo diez años.